

## INDICE

### PRIMERA PARTE

décima  
escisión  
ciudad '67  
clave para una obsesión  
glosa de la paloma  
canción descalza  
temprana ofrenda  
Octubre en pie  
a Don Pedro Albizu Campos  
canto a Lloréns

### SEGUNDA PARTE

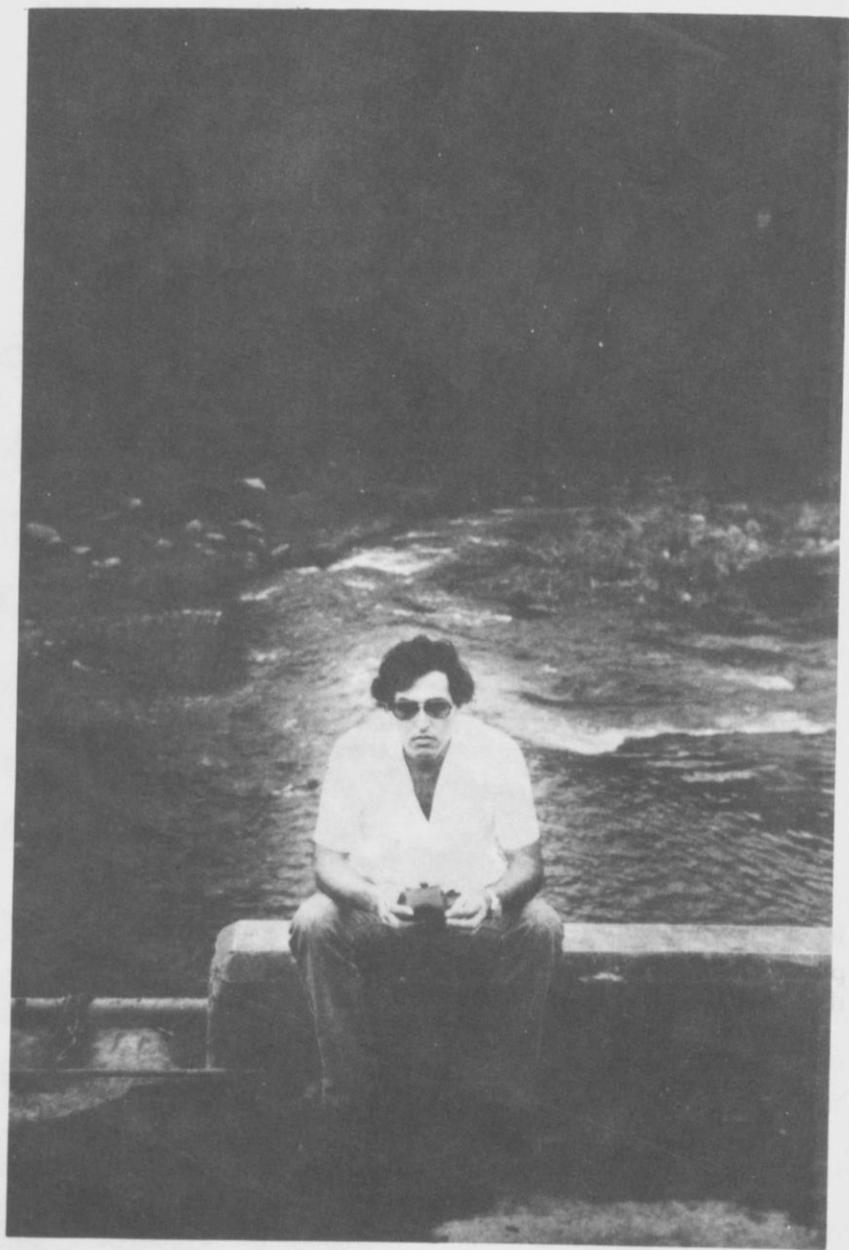
ahorcada  
pie para una elegía  
Alma Mater  
Inés  
mercenario  
corto interior de una masacre  
muestra  
la poza del obispo  
Martha  
Let it bleed  
fantasmas  
wishful bar  
Condado '71  
carta conjetural  
riesgo  
Carlos Raquel y el mundo

## **TERCERA PARTE**

**transfiguraciones  
y casi no podemos amar  
altos de El Farolito  
Sol y Cruz  
N.Y.  
para un Primero de Mayo  
proyecto  
al coronel Caamaño un día de muerte  
ciudad paria  
puntos para una ilusión  
las palabras no viven  
café "Los años locos"**

## **CUARTA PARTE**

**trova para presos  
de duendes y verdugos  
clave para un epitafio  
barcos  
X  
casa  
nota al margen  
asesinado  
historia de un encuentro por venir  
mariyandás de mi sangre  
aviso a Idalia  
el resto  
padre campo**



## LA GUERRA Y LA PAZ DE EDWIN REYES

**P**ARA Edwin Reyes la poesía es la ardiente declaración de una vida conflictiva. Reclama el derecho de escribir sobre todo y en todas las formas posibles. Hay textos suyos que se acercan a lo que algunos llaman poema-panfleto, escritos para ser declamados en un mitin, destinados al desarrollo de una conciencia política y de clase, como su "Para un Primero de Mayo". Son versos que nacen de la "cólera", y que a la vez celebran la tradición heroica de la larga lucha anti-imperialista. En esos textos la pasión política y la voluntad épica suscitan un discurso que se resuelve en **antorchas, puños, flamas, hogueras**. Desfilan los héroes: Albizu Campos, Betances, Ho Chi Minh, Fidel, los nacionalistas puertorriqueños. Es un discurso vehemente; es y quiere ser poesía **panfletaria**. No la **búsqueda** de un lenguaje, sino **ataque** directo al "otro" lenguaje político: al de los discursos, la prensa, y la propaganda del poder político y social. En su deseo de transformación de la sociedad y de reivindicación de los seres marginados y oprimidos por los violentos procesos sociales del capitalismo colonial, Edwin Reyes muestra una pasión casi

religiosa. Está en el frente de guerra, y la palabra es una de sus armas. Es, nos dice, **un poema que me nace del pueblo**, y una pasión que lo lleva a la **decisión de sentir hasta el milagro|y transformar a balas este mundo**. La palabra de Reyes en esos textos quiere traducir y producir la violencia, como antídoto contra la violencia de las fuerzas opresoras. Quien conozca la realidad social puertorriqueña de los últimos veinte años, quien haya escuchado la retórica oficial de la "justicia social" y haya hecho el más rápido cotejo con la dura realidad del desempleo, el crecimiento de la población marginada, los **parias** tan presentes en estos textos, quien esté al tanto de las nuevas fuerzas que pugnan por expresarse política y culturalmente, no se sorprenderá al oír la voz y sentir la furia de Edwin Reyes.

La guerra de clases y la guerra política es lo más obvio en la presente recopilación. Pero hay otra, una guerra personal, soterrada, inseparable de la colectiva, que constituye una veta - quizás la más profunda - de estos textos. Reyes va fijando en sus versos los altibajos de una guerra íntima, caracterizada por atroces angustias, donde a ratos flaquea y se muestra indefenso y vulnerable:

**el deseo terrible de no quedarme solo  
de no mirar la noche cercando la bahía  
como un toro**

El poeta no le teme a la confesión. Al contrario: nos va dando los momentos claves de crisis sucesivas, de desgarramientos dolorosos asociados a la penumbra, las drogas, el vértigo, los **zaguanes** de San Juan, los **barrios sin aire**. Lo autobiográfico es aquí centro; los textos adquieren una peculiar resonancia vital. Todo ello lo lleva de nuevo a la literatura, a la belleza, después de una purificación dolorosa:

**porque un día salí de la belleza  
para volver a ella desde una hoguera de dolor**

Esa guerra consigo mismo está inextricablemente fundida a la ciudad de San Juan, amada y repudiada, lugar del amor, lugar del fracaso, el deterioro y la locura, callejón sin salida. Del sufrimiento personal en la ciudad saca Reyes enseñanza, y, ante todo, una irreprimible apetencia de fraternidad con los sectores sociales más oprimidos y marginados: los **parias**. De esa guerra el poeta emerge fortalecido, como vemos en "Nota al margen":

**el pobre diablo que nació sin garras  
y el llanto y el amor lo hicieron fiera**

Tras larga y fructífera guerra, el poeta va alcanzando la paz. Paz interior que le permite recordar su infancia y también dirigirse a sus hijos en tono sereno. Padres e hijos se enlazan en el yo poético, **cuatro pequeños filos de sólida ternura** que reconcilian al poeta consigo mismo, y lo alientan, como en "De duendes y verdugos":

**locuras de esta sala que comparto a lo lejos  
con otros  
que me llegan Huaralí como ardiendo  
por tus ojos de seda que no vence la muerte**

Sereno también cuando evoca el mundo que lo formó, su barrio y mundo campesino, fuente para él de valores morales, paraíso personal, reserva espiritual afirmada en su reverencia por la tradición criolla de las décimas y defendida en "Padre campo":

**padre campo  
raíz de mi alto fuego  
tendido hacia el azul de mis cinco años  
urgente vuelo de las nubes con cara**

No es difícil rastrear los extremos de guerra y de paz en estos versos de Edwin Reyes. Sostienen la fábrica de su poesía.

Explican su explosiva energía, así como sus extrañas reticencias. Este libro, pues, es como un diario de su espíritu, marcado por esa lucha personal y colectiva. Es también el diario de los marginados que en la violenta sociedad puertorriqueña actual pugnan por declarar y afirmar su humanidad. Todo el proceso queda admirablemente condensado en la "Clave para un epitafio":

**crecí me di de frente con una ciudad larga  
una vasta cadena de polvo hueco y piedra  
pegada a la garganta de todo el que camina  
con las manos trenzadas alrededor del hambre  
conocí a los señores del odio los señores  
quise matar la fiera quise acabar con todo  
de una vez la miseria de un golpe la ceniza  
repetida en mis gestos en mi color callado  
atacado a mansalva por mi propio cuchillo  
fui feroz pero inútil perdí lloré de rabia  
hoy sueño como Lázaro dormido entre fulgores  
una frase de fuego que me vuelva a la vida**

Esa frase de fuego es la que está ahora en nuestras manos. La voz, las voces de Edwin Reyes, su paz y su guerra, voz a veces autoritaria y estridente, a veces tierna y nostálgica. Una de las voces más duras y más puras del Puerto Rico de hoy.

**Arcadio Díaz Quiñones**  
septiembre de 1977